

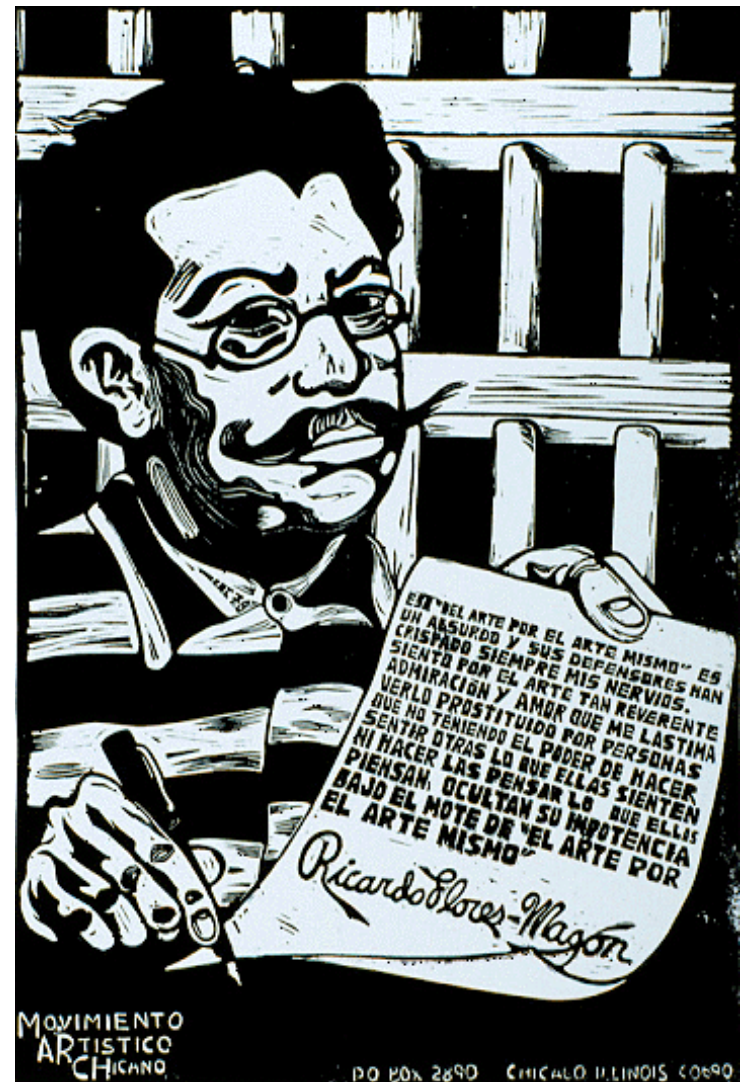


Sobre RICARDO FLORES MAGÓN

Ricardo Flores Magón nació en San Antonio Eloxochitlán, Oaxaca, el año de 1873 de una familia nahua. Sus padres fueron Teodoro Flores and Margarita Magón. En 1900, con su hermano Jesús, fundó el periódico *Regeneración*, cuya campaña en contra del presidente Porfirio Díaz le da por resultado ser encarcelado por unos años. Con su hermano Enríque fui a los Estados Unidos para escapar la represión. En 1906 nació el Partido Liberal Mexicano en St. Louis. En enero de 1911 los hermanos Flores Magón promovieron la insurrección de la Baja California, tomando Mexicali and Tijuana con la ayuda del sindicato anarquista americano Industrial Workers of the World. En 1918 Ricardo y Librado Rivera firmaron un manifiesto (incluido acá) en Los Ángeles, California, dirigido a todos los anarquistas del mundo. Esto les ocasionó que se les instruyera un proceso penal, en donde Ricardo fue condenado a 20 años de prisión y Librado a 15. Ricardo fue encareclado en la Isla McNeil, estado de Washington y luego ya muy enfermo, trasladado a la prisión de Leavenworth, Kansas, en donde falleció en el año de 1922.

Ricardo escribió para el teatro dos dramas de hondo contenido social y patético realismo: "Tierra y Libertad" y "Verdugos y Víctimas", además escribió numerosos ensayos, cuentos y reportajes, todos ellos con una fuerte crítica social. Era bien influido por el anarcocomunista rusa Piotr Kropotkin, en particular su obra *La conquista del pan*. Estas raíces anarquistas se notan por toda su obra, pero también reflexionó sobre sus raíces indígenas para formar su ideología. Ricardo hoy en día vive por las ideas de *tierra y libertad* adoptadas por Emiliano Zapata durante la Revolución Mexicana, la tendencia de anarquismo indígena, la resistencia cotidiana indígena en Mexico y los temblores sociales de los Zapatistas en Chiapas y la APPO en su estado natal de Oaxaca.

escritos escogidos de
Ricardo Flores Magón



índice

1. Tierra	3
2. Discordia	7
3. Solidaridad	8
4. La Revolución	11
5. El Derecho de Propiedad	15
6. ¡Muera el Orden!	18
7. ¡Muera la Autoridad! ¡Mueran los Ricos!	20
8. Sin Jefes	22
9. Sin Autoridad	25
10. Sin Gobierno	28
11. No Más Gobierno	31
12. Patriotismo?	33
13. Manifiesto del 16 de marzo de 1918	36

¡Que se vayan a la chingada los copyrights!

Producido por el Biblioteca Libertario de Irvine
<http://irvineinfoshop.wordpress.com>
irvineinfoshop (A) riseup.net

sino para amparar al fuerte, nos coloquemos a la altura de las circunstancias y sin temor propaguemos nuestro santo ideal anarquista, el único humano, el único justo, el único verdadero.

No hacerlo es traicionar, a sabiendas, las vagas aspiraciones de los pueblos a una libertad sin límites, como no sean los límites naturales, esto es, una libertad que no dañe a la conservación de la especie.

No hacerlo es dejar manos libres a todos aquellos que quieran aprovechar, para fines meramente personales, el sacrificio de los humildes.

No hacerlo es afirmar lo que dicen nuestros contrarios, que está muy lejano el tiempo en que pueda implantarse nuestro ideal.

Actividad, actividad y más actividad, eso es lo que reclama el momento.

Que cada hombre y cada mujer que amen el ideal anarquista, lo propaguen con tesón, con terquedad, sin hacer aprecio de burlas, sin medir peligros, sin reparar en consecuencias.

Manos a la obra, camaradas, y el porvenir será para nuestro ideal.

Tierra y Libertad.

Dado en Los Angeles, Estado de California, Estados Unidos de América, el día 16 de marzo de 1918.
Ricardo Flores Magón
Librado Rivera

1. TIERRA

Millones de seres humanos dirigen en estos momentos al cielo su triste mirada, con la esperanza de encontrar más allá de las estrellas que alcanzan a ver, ese algo que es el todo porque constituye el fin, forma el objeto del doloroso esfuerzo, del penoso batallar de la especie hombre desde que sus pasos vacilantes la pusieron un palmo adelante de las especies irracionales: ese algo es la felicidad.

¡La felicidad! La felicidad no es de este mundo, dicen las religiones: la felicidad está en el cielo, está más allá de la tumba. Y el rebaño humano levanta la vista, e ignorante de la ciencia del cielo, piensa que este está muy lejos cuando sus pies se apoyan precisamente en este astro, que con sus hermanos constituye la gloria y la grandeza del Firmamento.

La Tierra forma parte del cielo; la humanidad, por lo mismo, está en el cielo. No hay que levantar la vista con la esperanza de encontrar la felicidad detrás de esos astros que embellecen nuestras noches: la felicidad está aquí, en el astro Tierra, y no se conquista con rezos, no se consigue con oraciones, ni ruegos, ni humillaciones ni llantos: hay que disputarla de pie y por la fuerza, porque los dioses de la Tierra no son como los de las religiones: blandos a la oración y al ruego; los dioses de la Tierra tienen soldados, tienen polizontes, tienen jueces, tienen verdugos, tienen presidios, tienen horcas, tienen leyes, todo lo cual constituye lo que se llama instituciones, montañas escarpadas que impiden a la humanidad alargar el brazo y apoderarse de la Tierra, hacerla suya, someterla a su servicio, con lo que se haría de la felicidad el patrimonio de todos y no el privilegio exclusivo de los pocos que hoy la detentan.

La Tierra es de todos. Cuando hace millones de millones de años no se desprendía aún la Tierra del grumo caótico que andando el tiempo había de dotar al firmamento de nuevos soles, y después, por el sucesivo enfriamiento de ellos, de planetas más o menos bien acondicionados para la vida orgánica, este planeta no tenía dueño, tampoco tenía dueño la Tierra cuando la humanidad hacía de cada viejo tronco del bosque o de cada caverna de la montaña una vivienda y un refugio contra la intemperie y contra las fieras. Tampoco tenía dueño la Tierra cuando más adelantada la humanidad

en la dolorosa vía de su progreso llegó al período pastoril: donde había pastos, allí se estacionaba la tribu que poseía en común los ganados. El primer dueño apareció con el primer hombre que tuvo esclavos para labrar los campos, y para hacerse dueño de esos esclavos y de esos campos necesitó hacer uso de las armas y llevar la guerra a una tribu enemiga. Fue, pues, la violencia el origen de la propiedad territorial, y por la violencia se ha sostenido desde entonces hasta nuestros días.

Las invasiones, las guerras de conquista, las revoluciones políticas, las guerras para dominar mercados, los despojos llevados a cabo por los gobernantes o sus protegidos son los títulos de la propiedad territorial, títulos sellados con la sangre y con la esclavitud de la humanidad; y este monstruoso origen de un derecho absurdo, porque se basa en el crimen, no es un obstáculo para que la ley llame sagrado ese derecho, como que son los detentadores mismos de la Tierra los que han escrito la ley.

La propiedad territorial se basa en el crimen, y, por lo mismo, es una institución inmoral. Esta institución es la fuente de todos los males que afligen al ser humano. El vicio, el crimen, la prostitución, el despotismo, de ella nacen. Para protegerla se hacen necesarios el ejército, la judicatura, el parlamento, la policía, el presidio, el cadalso, la iglesia, el gobierno y un enjambre de empleados y de zánganos, siendo todos ellos mantenidos precisamente por los que no tienen un terrón para reclinar la cabeza, por los que vinieron a la vida cuando la Tierra estaba ya repartida entre unos cuantos bandidos que se la apropiaron por la fuerza o entre los descendientes de esos bandidos, que han venido poseyéndola, por el llamado derecho de herencia.

La Tierra es el elemento principal del cual se extrae o se hace producir todo lo que es necesario para la vida. De ella se extraen los metales útiles: carbón, piedra, arena, cal, sales. Cultivándola produce toda clase de frutos alimenticios y de lujo. Sus praderas proporcionan alimento al ganado, mientras sus bosques brindan su madera y las fuentes sus líneas generadoras de vida y de belleza. Y todo esto pertenece a unos cuantos, hace felices a unos cuantos, da poder a unos cuantos, cuando la Naturaleza lo hizo para todos.

encanto de su hogar, y a quien no odia, y a quien no puede odiar porque ni siquiera lo conoce.

Las flamas del descontento se avivan al soplo de la tiranía cada vez más ensoberbecida y cruel en todo país, y aquí y allí, allá y acullá, y en todas partes, los puños se crispan, las mentes se exaltan, los corazones laten con violencia, y donde no se murmura, se grita, suspirando todos por el momento en que las manos encallecidas en cien siglos de labor deban dejar caer la herramienta fecunda para levantar el rifle que espera, nervioso, la caricia del héroe.

Compañeros: el momento es solemne; es el momento precursor de la más grandiosa catástrofe política y social que la historia registra: la insurrección de todos los pueblos contra las condiciones existentes.

Va a ser, seguramente, un impulso ciego de las masas que sufren; va a ser, a no dudarlo, la explosión desordenada de la cólera comprimida apenas por el revólver del esbirro y la horca del verdugo; va a ser el desbordamiento de todas las indignaciones y de todas las amarguras, y va a producirse el caos, el caos propicio al miedo de todos los pescadores a río revuelto; caos del que pueden surgir opresiones y tiranías nuevas, porque en esos casos, regularmente, el charlatán es el líder.

Toca pues, a nosotros los conscientes, preparar la mentalidad popular para cuando llegue el momento, ya que no preparar la insurrección, porque la insurrección nace de la tiranía.

Preparar al pueblo no sólo para que espere con serenidad los grandiosos acontecimientos que vislumbramos, sino para que sea capaz de no dejarse arrastrar por los que quieren conducirlo ahora por caminos de flores, a idéntica esclavitud o a tiranía semejante a la que hoy sufrimos.

Para lograr que la rebeldía inconsciente no forje con sus propios brazos la cadena nueva que de nuevo ha de esclavizar al pueblo, es preciso que nosotros, todos los que no creemos en gobierno, todos los que estamos convencidos de que gobierno, cualquiera que sea su forma y quienquiera que se encuentre al frente de él, es tiranía, porque no es una institución creada para proteger al débil,

13. MANIFIESTO DEL 16 DE MARZO DE 1918

La Junta organizadora del Partido Liberal Mexicano a los miembros del partido, a los anarquistas de todo el mundo y a los trabajadores en general.

Compañeros:

El reloj de la historia está próximo a señalar, con su aguja inexorable, el instante en que ha de producir la muerte de esta sociedad que agoniza.

La muerte de la vieja sociedad está próxima, no tarda en ocurrir, y sólo podrán negar este hecho aquellos a quienes interesa que viva, aquellos que se aprovechan de la injusticia en que está basada, aquellos que ven con horror la revolución social, porque saben que al día siguiente de ella tendrán que trabajar codo con codo con sus esclavos de la víspera.

Todo indica, con fuerza de evidencia, que la muerte de la sociedad burguesa no tarda en sobrevenir. El ciudadano ve con torva mirada al polizone, a quien todavía ayer consideraba su protector y su apoyo; el lector asiduo de la prensa burguesa encoge los hombros y deja caer con desprecio la hoja prostituida en que aparecen las declaraciones de los jefes de Estado; el trabajador se pone en huelga sin importarle que con su actitud se perjudiquen los patrios intereses, conscientes ya de que la patria no es su propiedad, sino la propiedad del rico; en la calle se ven rostros que a las claras delatan la tormenta interior del descontento, y hay brazos que parece que se agitan para construir la barricada. Se murmura en la cantina; se murmura en el teatro; se murmura en el tranvía, y en cada hogar, especialmente en nuestros hogares, en los hogares de los de abajo, se lamenta la partida de un hijo a la guerra, y los corazones se oprimen y los ojos se humedecen al pensar que mañana, que tal vez hoy mismo, el mocetón que es la alegría del tugurio, el joven que con su frescura y su gracia envuelve en resplandores de aurora la triste existencia de los padres que están en su ocaso, será arrancado del seno amoroso de la familia para ir a enfrentarlo, arma al brazo, con otro joven que es, como él, el

De esta tremenda injusticia nacen todos los males que afligen a la especie humana al producir la miseria. La miseria envilece, la miseria prostituye, la miseria empuja al crimen, la miseria bestializa el rostro, el cuerpo y la inteligencia.

Degradadas, y, lo que es peor, sin consciencia de su vergüenza, pasan las generaciones en medio de la abundancia y de la riqueza sin probar la felicidad acaparada por uos pocos. Al pertenecer la Tierra a unos cuantos, los que no la poseen tienen que alquilarse a los que la poseen para siquiera tener en pie la pie y la osamenta. La humillación del salario o el hambre: éste es el dilema con que la propiedad territorial recibe a cada nuevo ser que viene a la vida; dilema de hierro que empuja a la humanidad a ponerse ella misma las cadenas de la esclavitud, si no quiere perecer de hambre o entregarse al, crimen o a la prostitución.

Preguntad ahora por qué oprime el Gobierno, por qué roba o mata el hombre, por qué se prostituye la mujer. Detrás de las rejas de esos pudrideros de carne y de espíritu que se llaman presidios, miles de infortunados pagan con la tortura de su cuerpo y la angustia de su espíritu las consecuencias de ese crimen elevado por la ley a la categoría de derecho sagrado: la propiedad territorial. En el envilecimiento de la casa pública, miles de jóvenes mujeres prostituyen su cuerpo y estropean su dignidad, sufriendo igualmente las consecuencias de la propiedad territorial. En los asilos, en los hospicios, en las casas de expósitos, en los hospitales, en todos los sombríos lugares donde se refugian la miseria, el desamparo y el dolor humanos, sufren las consecuencias de la propiedad territorial hombres y mujeres, ancianos y niños. Y presidiarios, mendigos, prostitutas, huérfanos y enfermos levantan los ojos al cielo con la esperanza de encontrar más allá de las estrellas que alcanzan a ver, la felicidad que aquí les roban los dueños de la Tierra.

Y el rebaño humano, inconsciente de su derecho a la vida, torna a encorvar las espaldas trabajando para otros esta tierra con que la Naturaleza lo obsequió, perpetuando con su sumisión el imperio de la injusticia.

Pero de la masa esclava y enlodada surgen los rebeldes; de un mar de espaldas emergen las cabezas de los primeros

revolucionarios. El rebaño tiembla presintiendo el castigo; la tiranía tiembla presintiendo el ataque, y, rompiendo el silencio, un grito, que parece un trueno, rueda sobre las espaldas y llega hasta los tronos: ¡Tierra!

¡Tierra!, gritaron los Gracos; ¡Tierra!, gritaron los anabaptistas de Munzer; ¡Tierra!, gritó Babeuf; ¡Tierra!, gritó Bakounine; ¡Tierra!, gritó Ferrer; ¡Tierra!, grita la Revolución mexicana, y este grito ahogado cien veces en sangre en el curso de las edades; este grito que corresponde a una idea guardada con cariño a través de los tiempos por todos los rebeldes del planeta; este grito sagrado transportará al cielo con que sueñan los místicos a este valle de lágrimas cuando el ganado humano deje de lanzar su triste mirada al infinito y la fije aquí, en este astro que se avergüenza de arrastrar la lepra de la miseria humana entre el esplendor y la grandeza de sus hermanos del cielo.

Taciturnos esclavos de la gleba, resignados peones del campo, dejad el arado. Los clarines de Acayucan y Jiménez, de Palomas y las Vacas, de Viesca y Valladolid, os convocan a la guerra para que toméis posesión de esa Tierra, a la que dais vuestro sudor, pero que os niega sus frutos porque habéis consentido con vuestra sumisión que manos ociosas se apoderen de lo que os pertenece, de lo que pertenece a la humanidad entera, de lo que no puede pertenecer a unos cuantos hombres, sino a todos los hombres y a todas las mujeres que, por el solo hecho de vivir, tienen derecho a aprovechar en común, por medio del trabajo, toda la riqueza que la Tierra es capaz de producir.

Esclavos, empuñad el winchester. Trabajad la Tierra cuando hayáis tomado posesión de ella. Trabajar en estos momentos la Tierra es remacharse la cadena, porque se produce más riqueza para los amos y la riqueza es poder, la riqueza es fuerza, fuerza física y fuerza moral, y los fuertes os tendrán siempre sujetos. Sed fuertes vosotros, sed fuertes todos y ricos haciéndoos dueños de la Tierra; pero para eso necesitáis el fusil: compradlo, pedidlo prestado en último caso, y lanzaos a la lucha gritando con todas vuestras fuerzas: ¡Tierra y Libertad!

Regeneración, 1 de octubre de 1910

escala social; a pesar de todo nos encontramos dispuestos a cometer los mayores excesos, a matar y dejarnos matar por la patria, por ese algo que ningún beneficio nos reporta y en cambio exige de nosotros los más grandes sacrificios porque, hay que confesarlo, todas las cargas que implica el patriotismo descansan exclusivamente en los hombros de los pobres. El pobre sólo sabe que tiene patria porque tiene que servir en el ejército y los beneficios que de la patria recibe son el garrotazo del policía, los impuestos para mantener a los gobernantes, el servicio militar y la ley que lo somete a eterna servidumbre bajo las garras del dueño de la tierra y de la maquinaria de las fabricas.

Al pobre no le beneficia la patria por que no es de él. La patria es la propiedad de unos cuantos que son los dueños de la tierra, de las minas, de las casas, de las fabricas, de los ferrocarriles, de todo cuanto existe; pero el pobre se le inculca desde su niñez que ame a la patria para que esté listo a empuñar el fusil en defensa de los intereses que no son suyos, cuando sus amos comprenden que esos intereses están en peligro y hacen que los intereses materiales son la patria, que incluso la burguesía no se opone a una inversión extranjera cuando ésta no tiene por objeto despojarla de sus propiedades y hasta es solicitada la invasión cuando los rifles invasores pueden prestar algún apoyo al principio de propiedad privada, cuando ese principio esta en peligro de desplomarse a las recias embestidas de la justicia popular.

Los políticos que tanto hablan de la patria tienen su dinero en Estados Unidos o Suiza y sus hijos estudian en universidades del primer mundo. ¡Vaya patriotas!

Esta patente que el patriotismo no es practicado por los que nos lo inculcan. Ese es un sentimiento que hábilmente se nos fomenta para tenernos a su disposición nuestros verdugos.

Cuando tomemos el fusil para defender a la patria lo que defendemos son los bienes de nuestros amos.

Abramos los ojos.

Regeneración, 24 de febrero de 1917

De mil maneras se nos incita a los pobres a ser patriotas. Desde que nacemos a la vida hasta que rendimos el último suspiro, zumban en nuestros oídos estas palabras “ama a tu patria, ama a tu patria, ama a tu patria.”

Puede decirse que amamos al patriotismo con las primeras gotas de leche que arrancamos al pecho materno. La madre nos arrulla con canciones en que se glorifica a la patria. Más tarde nos enseña a amar a la bandera, cuyos colores nos parecen más lúcidos que los de cualquier otra. De niños se nos obsequia con juguetes que nos hacen jugar a los soldados, fingimos, en nuestros juegos, campos de batalla en que hacemos mover el polvo de la derrota a todos los que han cometido el delito de haber nacido fuera de los límites de la nación, pues para todo buen patriota es enemigo el que no nace dentro de las fronteras de la patria.

La educación patriótica no termina con nuestros juegos de chiquillos: sigue en la escuela en las primeras letras.

Allí el buenazo del maestro nos hace entonar coros en los que se enaltece a la patria; en el libro de lecturas deletreamos composiciones en prosa y en verso en honor a la patria y en nuestros ojos se extasían ante las láminas que representan acciones de guerra defendiendo a la patria. Oímos el himno nacional y la sangre circula por nuestras arterias con mayor rapidez.

El cura en sus sermones nos excita con amar a la patria; el político en sus discursos, nos habla de la grandeza de la patria; el periódico burgués estimula nuestros sentimientos patrióticos; por donde quiera que volvamos la vista vemos en la estatua de un patriota o el cuadro con algún asunto patriótico; no hay que olvidar cada año las fiestas patriotas.

Todo, en fin está sabiamente calculado para encender y mantener encendida, en nuestros pechos, la lumbre patriótica.

Preparados de esa manera y aun cuando no seamos dueños de un terrón de tierra donde inclinar la cabeza; aun cuando de la patria que se nos ha enseñado a amar no poseamos ni un centímetro cuadrado de su territorio, a pesar de las indignidades, humillaciones, atropellos y desmanes de que somos víctimas por estar abajo en la

2. DISCORDIA

Imaginaos la Tierra sin montañas, el mar sin olas, el cielo sin estrellas, la flor sin colores. Imaginaos a todas las aves vistiendo el mismo plumaje, a todos los insectos ostentando la misma forma y color. Imaginaos las llanadas sin un repliegue, sin un accidente; arenas y guijarros aquí, guijarros y arenas allá, arenas y guijarros por todas partes; ni un árbol, ni un yerbajo; nada que trunque la monotonía del paisaje, nada que interrumpa la uniformidad del cuadro; ni un arroyo que murmure, ni un pájaro que cante, ni una brisa que recuerde que hay movimiento, que hay acción. Imaginaos, por último, a la humanidad, sin pasiones, teniendo todos los mismos gustos, pensando todos del mismo modo, y decid si no sería preferible morir de una vez a sufrir la prolongada agonía, que no otra cosa sería el vivir en tales condiciones.

El orden, la uniformidad, la simetría parecen más bien cosas de la muerte. La vida es desorden, es lucha, es crítica, es desacuerdo, es hervidero de pasiones. De ese caos sale la belleza; de esa confusión sale la ciencia; de la crítica, del choque, del desorden, del hervidero de pasiones surgen radiantes como ascuas, pero grandes como soles, la verdad y la libertad. La discordia, he ahí el grande agente creador que obra en la naturaleza. Las acciones y las reacciones en la materia inorgánica y en la orgánica, generadoras de movimiento, de calor, de luz, de belleza, ¿qué son sino obra de la Discordia? Rompiendo la monotonía de las sustancias simples, la Discordia acerca unas a las otras, las mezcla, las combina, las desmenuza y las lleva de un lugar a otro: el hierro que duerme en las entrañas de la tierra es el mismo que arde al atravesar la atmósfera terrestre en la forma de aerolito, el que enrojece los labios de una mujer y el que brilla en la hoja de un puñal; el carbono que se presenta negro en los tizones apagados es el mismo que se ostenta verde y bello en las hojas de las plantas, límpido como una gota de rocío en el diamante, tibio y acariciador en el aliento de la mujer amada. Todo lo transforma la Discordia: disuelve y crea, destruye y esculpe.

En las sociedades humanas la Discordia desempeña el principal papel. Innovadora, rompe viejos moldes y crea

nuevos; destruye tradiciones queridas, pero perniciosas al progreso, y prende en el alma popular nuevas lumbres, nuevas ansias después de destruir los rescoldos en que desentumecen su frío senil los ideales viejos. Esteta, detiene en su trillado camino al Arte y lo hace tomar nuevos derroteros, donde hay fuentes no aprovechadas aún por el rebaño literatoide, nuevos colores, nuevas armonías, giros de dicción inesperados que no existen en ninguna paleta, que no han vibrado en ninguna cuerda, que no han brotado como chorros de luz de ninguna pluma. Revolucionaria siempre, la Discordia hace que el disgusto fermenta en los pechos proletarios hasta que, amargadas las almas hasta el límite, irritados los nervios hasta alcanzar el máximo de tensión, la desesperación hace que las manos busquen la piedra, la bomba, el puñal, el revólver, el rifle, y se lancen los hombres contra la injusticia, dispuesto cada uno a ser un héroe.

Mientras el pobre se conforma con ser pobre; mientras el oprimido se conforma con ser esclavo, no hay libertad, no hay progreso. Pero cuando la Discordia tienta el corazón de los humildes; cuando viene y les dice que mientras ellos sufren sus señores gozan, y que todos tenemos derecho a gozar y vivir, arden entonces las pasiones y destruyen y crean al mismo tiempo; talan y cultivan, derriban y edifican. ¡Bendita sea la Discordia!

Regeneración, 29 de octubre de 1910

3. SOLIDARIDAD

Ante el espectáculo de la guerra bestial de todos contra todos, que se inició con la aparición del primer propietario sobre la Tierra y se ha prolongado hasta nuestros días, produciendo como lógico resultado la división de la humanidad en dos clases, una de opresores y la otra de oprimidos; de señores una y de esclavos la otra; ante el espectáculo de esa lucha que hace completamente extraño a un hombre de otro hombre, y a los hombres de una nación enemigos al parecer naturales de los hombres de otras naciones; ante el espectáculo de esa guerra que parece eterna, cabe preguntar: ¿ha progresado el hombre?

Lo mejor es guiarnos por nosotros mismos.

Pensar y resolver las cosas con nuestras propias cabezas.

Si confiáis en que Carranza os hará libres y felices no sé ya ni que pensar de vosotros, proletarios, porque eso significaría que las lecciones de la experiencia no han podido destruir ese vicio inyectado por vuestros opresores, que consiste en considerar que el hombre solo puede vivir bajo la férula de un hombre.

Comprended, hermanos de cadenas, que el principio de autoridad vive en el cerebro de los humildes, por que han sido sus mismos verdugos los que les han inculcado ese error.

Está a la mano el momento de prueba.

Huerta marcha hacia otros países y de nuevo ambicioso se prepara a ocupar su puesto.

Si queréis tener más gobiernos, os someteréis y con vuestra sumisión la verdadera Revolución, la que quiere hacer tabla rasa de tiranos y explotadores, morirá aplastada por vuestra indiferencia.

Pero si, por el contrario, obrando como verdaderos trabajadores, como hombres que saben que la riqueza social ha sido hecho por vosotros y, por lo mismo, sólo vosotros tenéis derecho a disfrutarla, os levantáis para sostener a vuestros hermanos que continúan con las armas en la mano.

Entonces mereceréis el aplauso de todos los hombres inteligentes del mundo y podréis decir orgullosos: En México la institución llamada Autoridad es cosa del pasado, porque allí hay HOMBRES.

Regeneración, 25 de julio de 1914

12. PATRIOTISMO?

Los proyectos que tenía en la cabeza para librar de la tiranía al pueblo le sirven de risa, los considera irrealizables, atentatorios a los derechos adquiridos, monstruosos, criminales.

Una nueva manera de ver las cosas se desarrolla ante él.

Antes veía las cosas de abajo para arriba.

Ahora ve las cosas de arriba para abajo.

Su psicología es distinta.

Antes sentía y pensaba como parte integrante de la gran masa que compone la nación.

Ahora se siente desligado de esa masa, se cree mejor que esa masa, se imagina superior a esa masa.

Como ya no está en contacto con el pueblo, no ve en él sino el rebaño que hay que arrear, al hatajo que hay que hacer marchar por los caminos trillados que antes combatiera con toda su fuerza y toda su energía.

Sus nuevos amigos le parecen mejores, pues le proporcionan una mayor suma de placeres y de refinamientos que hacen amable la vida.

La historia no registra en sus páginas el nombre de un gobernante que seriamente se haya preocupado por salvar al pueblo de la miseria y de la tiranía.

La historia de la humanidad cuenta ya varios miles de años.

Por ella sabemos que el gobernante, el rico y el sacerdote, como cualquier religión, han sido los aliados inseparables, confabulados en todos los tiempos para tener al pueblo en la esclavitud.

No nos hagamos, pues, mexicanos, la ilusión de que un hombre barbón es mejor que un lampiño para gobernaros.

¡Ninguno es bueno! Lo mejor es no tener a nadie encima de nuestros hombros.

El progreso material alcanzado por la humanidad es enorme, es gigantesco si se le compara con su progreso moral; pues mientras todos admiramos el fonógrafo, el cinematógrafo, la telegrafía inalámbrica y la navegación aérea, las más generosas concepciones de los filósofos, aquellas que, puestas en práctica, abrirían amplios horizontes para gozar libremente la dicha de vivir, se asfixian entre las pastas de libros rara vez abiertos y, todavía peor, rara vez comprendidos.

No es extraño, pues, que, hoy como ayer, la lucha por la vida revista el mismo carácter de ferocidad, de hostilidad recíproca, que hace del hombre, como dijera Hobbes, el lobo del hombre: homo hominis lupus. No; no es extraño que el hombre del presente, que sabe manejar la electricidad y que ha encontrado la manera de volar, tenga, respecto de los demás hombres, el mismo sentimiento de encono que hacía hervir la sangre del troglodita cuando, vuelto de la caza, encontraba en su vivienda de roca un oso o una hiena listos para disputarle el alojamiento y el sustento. Progresa la humanidad, pero en un sentido solamente.

Por eso, cuando se habla de solidaridad, muy pocos son los que entienden. La solidaridad es el conocimiento del interés común, y la acción consecuente con ese conocimiento. A pesar de su sencillez, la solidaridad es desconocida casi por todos. Un egoísmo cada vez más grande domina las relaciones de los hombres entre sí. Protestas aisladas contra tal estado de cosas perecen tan pronto como son formuladas, acalladas por el estrépito mismo de la lucha; espíritus generosos que osan erguirse en medio de los combatientes para predicar la fraternidad, caen hechos pedazos como florecillas puestas al paso de una tropelada de bestias: para cada redentor hay un Calvario o un Monjuich.

Y en esta lucha implacable los vencedores son siempre los mismos: los inteligentes y los malvados, con la única diferencia de que ayer justificaban su triunfo como un resultado de la voluntad divina, y hoy, avergoncémonos, justifican sus depredaciones con la ciencia. La teoría de Darwin sobre la selección, que explica cómo los individuos mejor dotados para la lucha por la vida son los que triunfan, es el razonamiento que esgrimen los ricos y los déspotas

contra los que tratan de poner en duda el derecho que se apropian para explotar y oprimir, aunque olvidando decir, porque así les conviene, que los animales de una misma especie no se destruyen unos a los otros, ni se declaran unos los amos de los otros. La lucha de las especies va dirigida contra otras especies, a la vez que se opera un proceso de adaptación al medio. Sólo la especie humana ofrece el repugnante espectáculo de devorarse unos individuos a los otros, produciéndose con eso un retardo evidente del progreso, cuando por la solidaridad hace muchos miles de años que habría esclavizado a la naturaleza y obtenido su progreso integral.

El desconocimiento del interés común a todos los hombres, esto es, el desconocimiento de la solidaridad, hace que cada hombre vea en otro hombre un competidor al que es necesario vencer para poder vivir. El rico vive del pobre; pero a su vez teme a los demás ricos que pueden arruinarle para enriquecerse más. El pobre, por su parte, ve en cada recién nacido una boca más que va a mermar la porción de pan que le permite comer, y ve en cada pobre un enemigo que puede alquilarse por menos precio y dejar sin pan a él y a su familia.

Esta lucha implacable, que tiene su origen en la falta de solidaridad entre todos los seres humanos, mata en el hombre, o al menos debilita en él, el instinto de sociabilidad, característico de las especies animales superiores, a la vez que lo hace mentiroso, falso, cobarde y egoísta. Triunfan, en un medio así, los malvados, los que no son sinceros, los codiciosos y los brutales, y por eso, mientras el progreso material es grande, las concepciones filosóficas más bellas viven solamente en las páginas de los libros comidos por la polilla en los estantes de las bibliotecas.

Pero en vista de que las clases ilustradas y ricas no entienden la solidaridad o fingen no entenderla, o a lo sumo la practican solamente en lo que concierne al estrecho interés de su clase, sin comprender ni practicar la solidaridad que debería unir a la especie humana en una sola fuerza inteligente y activa que pusiera a la naturaleza al servicio del hombre; en vista de las agresiones de esas clases dominadoras, la clase proletaria debe unirse, debe apretar sus filas para poder librar una decisiva batalla en la que tendrá la victoria por ser la que cuenta mayor número

regiones que visitéis. Hacedlo bien, si no queréis ser esclavos.

Regeneración, 18 de abril de 1914

11. NO MÁS GOBIERNO

Los hombres pueden tener buenas intenciones antes de ser gobernantes, pero es muy difícil que las conserven al alcanzar el Poder, y es imposible que siga teniéndolas mientras son gobernantes.

Para alcanzar el Poder es indispensable que el candidato entre en componendas con los enemigos de su partido, de manera de asegurar su lección, ofreciéndoles beneficios que solamente pueden ser otorgados sacrificando los ideales.

Llega, pues, el hombre al Poder sin nada de lo que le valió el favor de sus conciudadanos, y dispuesto a hacer simplemente todo aquello que le asegure la permanencia en el puesto codiciado.

Si, por una mera casualidad, el hombre ha podido elevarse sin contraer compromisos con los contrarios, y, por lo mismo, conserva intactas las intenciones que tenía cuando ofreció hacer el bien del pueblo, esas intenciones morirán en su pecho una por una antes de comenzar a ponérselas en práctica.

Una vez en el Poder se verá rodeado de individuos poderosos por su riqueza, su influencia, su talento, su sabiduría, y por políticos astutos que saben darse mañas por estar bien con todos los gobiernos, hombres que van al sol que nace, dispuestos a cambiar de chaqueta todos los días si es necesario, para sus fines egoístas.

En un medio así, el hombre que antes se codeaba con el pueblo, lo olvida, mareado por el incienso de los aduladores, agasajado por hombres distinguidos y mujeres de alto rango social, en contacto continuo con diplomáticos y demás polilla dorada de la política internacional, llega a creer que es un hombre mejor que los demás hombres, se siente superior o se hace tirano como cualquier otro gobernante.

En que cada uno se sentirá amo de si mismo, en que por el solo hecho de no haber más parásitos y de estar todos obligados a producir algo útil, la producción será tan grande que bastarán unas tres horas de trabajo agradable diario para tener satisfechas todas las necesidades, ¿quién será aquel que deje de dar su contingente a la producción?

Y suponiendo que lo hubiera, ¿no encontrarían los trabajadores la manera de deshacerse de semejante zángano sin necesidad de tener que pagar a un juez que lo juzgase y le impusiese una pena?

¿Para que sirve, pues la autoridad? La autoridad sirve trabajadores: para humillarlos a cada paso, para apalearlos, para ametrallarlos cuando pedís unos cuantos centavos de aumento en vuestro salario o la disminución de unos cuantos minutos de las largas horas de trabajo.

La autoridad sirve para echaros el guante y encerraros en presidio por el delito de ser pobres.

Sabéis que vuestros amos pueden cometer toda clase de excesos sin pisar nunca los umbrales de una cárcel.

La autoridad sirve para asegurar a vuestros verdugos el disfrute político de lo que os roban en vuestro trabajo.

Entendedlo de una vez, proletarios; la autoridad es el perro guardián de vuestros amos y, por lo mismo, no puede ser jamás la protectora del débil, sino el sicario, el esbirro dispuesto siempre y a todas horas a hundir el cráneo del desheredado que en un momento de desesperación ose levantar la mano contra su opresor.

El carrancismo quiere perpetuar el sistema que os ha empujado a empuñar las armas y es por eso por lo que os aconsejamos que disparéis vuestros fusiles contra carranza, contra villa, contra todos los caudillos que os hablan de ley, de gobierno, de propiedad privada.

Si queréis ser libres y felices, haced vuestros los principios expresados en el Manifiesto del 23 de septiembre de 1911, declarando guerra a muerte a todo aquel que quiera hacerla de jefe e impida que la tierra, la maquinaria y los medios de transporte queden en poder de los habitantes de las

de individuos.

En vez de ver en cada pobre un concurrente molesto, una boca más con la cual hay que compartir las migajas que despreciativamente nos dan los ricos como salario, debemos pensar que es nuestro hermano; debemos hacerle comprender que nuestro interés es el suyo, y que en la lucha contra las clases dominadoras debemos estar juntos. ¿Hay una huelga? El interés de todos es ayudar a los que están en huelga. Alquilarse en lugar del huelguista es una traición al interés común de los pobres, porque se ayuda con eso a las clases opresoras a no conceder nada a las clases oprimidas. Alquilarse por menos de lo que gana otro trabajador, es, igualmente, una traición, porque se hace ganar más al rico y se empeora la condición de la clase trabajadora con la rebaja de los salarios. Hay que considerar como un mal que se hace a todos, el mal que se hace a un trabajador.

En la Revolución que se acerca, el trabajador mexicano debe mostrarse solidario. Unido fuertemente a los demás trabajadores podrá dar a la Revolución el giro que desee y que esté de acuerdo con su interés. Toma de posesión de la tierra, aumento de los salarios y disminución de las horas de trabajo, junto con la educación, serán las primeras conquistas preparatorias de la gran batalla final que quitará de las manos de unos cuantos lo que se necesita para la producción de la riqueza y su distribución. Pero, hay que entenderlo bien: eso sólo se conseguirá si la Revolución se hace con ese propósito. Mas si desviados los proletarios, hacen la revolución solamente para darse el lujo de tener un nuevo Presidente, o lo que ee lo mismo, un nuevo amo, deben entender que no conseguirán, con eso, el alivio de la miseria, ni el acercamiento al ideal de Libertad, Igualdad y Fraternidad que debe vivir en el corazón de todo hombre y de toda mujer.

Regeneración, 29 de octubre de 1910

4. LA REVOLUCIÓN

Está para caer el fruto bien maduro de la revuelta intestina; el fruto amargo para todos los engreídos con una situación

que produce honores, riquezas, distinciones a los que fundan sus goces en el dolor y en la esclavitud de la humanidad; pero fruto dulce y amable para todos los que por cualquier motivo han sentido sobre su dignidad las pezuñas de las bestias que en una noche de treinta y cuatro años han robado, han violado, han matado, han engañado, han traicionado, ocultando sus crímenes bajo el manto de la ley, esquivando el castigo tras la investidura oficial.

¿Quiénes temen la Revolución? Los mismos que la han provocado; los que con su opresión o su explotación sobre las masas populares han hecho que la desesperación se apodere de las víctimas de sus infamias; los que con la injusticia y la rapiña han sublevado las conciencias y han hecho palidecer de indignación a los hombres honrados de la tierra.

La Revolución va a estallar de un momento a otro. Los que por tantos años hemos estado atentos a todos los incidentes de la vida social y política del pueblo mexicano, no podemos engañarnos. Los síntomas del formidable cataclismo no dejan lugar a la duda de que algo está por surgir y algo por derrumbarse, de que algo va a levantarse y algo está por caer. Por fin, después de treinta y cuatro años de vergüenza, va a levantar la cabeza el pueblo mexicano, y por fin, después de esa larga noche, va a quedar convertido en ruinas el negro edificio cuya pesadumbre nos ahogaba.

Es oportuno ahora volver a decir lo que tanto hemos dicho: hay que hacer que este movimiento, causado por la desesperación, no sea el movimiento ciego del que hace un esfuerzo para librarse del peso de un enorme fardo, movimiento en que el instinto domina casi por completo a la razón. Debemos procurar los libertarios que este movimiento tome la orientación que señala la Ciencia. De no hacerlo así, la Revolución que se levanta no serviría más que para sustituir un Presidente por otro Presidente, o lo que es lo mismo un amo por otro amo. Debemos tener presente que lo que se necesita es que el pueblo tenga pan, tenga albergue, tenga tierra que cultivar; debemos tener presente que ningún Gobierno, por honrado que sea, puede decretar la abolición de la miseria. Es el pueblo mismo, son los hambrientos, son los desheredados los que tienen que abolir la miseria, tomando, en primer lugar, posesión de la tierra que, por derecho natural, no puede ser acaparada por

igualdad y de justicia dulcificara el carácter de los seres humanos, haciéndolos más propensos a fraternizar los unos con los otros que a vivir en continua lucha, considerándose reciprocamente como enemigos.

El estupro, la violación de mujeres, el adulterio, producto son igualmente del sistema social que combatimos, en que una falsa moral hace hipócritas a los hombres y mujeres en sus relaciones sexuales.

Esa hipocresía conduce al histerismo en un medio de libertad y de igualdad en que el hombre y la mujer se unieran libremente, sin otro interés que la satisfacción de ese conjunto de necesidades morales y físicas que se llama amor.

Pero lejos de esta satisfacción, libre de necesidades naturales, encontramos en la sociedad actual mil trabas al amor, debidas a unas preocupaciones religiosas otras y a dificultades económicas las más.

Los partidarios de la autoridad consideran que ésta es necesaria, al menos para obligar a los perezosos a trabajar.

En una sociedad de seres humanos, libres e iguales, no podrá haber perezosos.

La pereza es una enfermedad y pocos son, realmente, los que están atacados de ella.

Lo que se llama actualmente pereza es más bien el disgusto que siente el hombre de tener que deslomarse por un salario de mendigo.

Siendo, además, mal visto y despreciado por la clase social que los explota, mientras los que no hacen nada útil se dan vida de príncipes y son considerados y respetados por todos.

Ese discurso hace que hombre sienta aversión por el trabajo.

En una sociedad de iguales, en que el trabajador ve que su trabajo no es aprovechado por otro en perjuicio suyo.

les han de faltar recursos para tratar a sus enfermos, quienes necesitan mejor de los cuidados paternales de médicos y nodrizas que los garrotazos el polizonte y la crueldad de jueces y carceleros.

La violación de mujeres, el estupro, el llamado adulterio y otros actos que aterrorizan a muchas personas, producto son del sistema capitalista, como veremos en otro artículo, y por lo mismo, para evitar esos males, debemos acabar con la desigualdad social y el principio de autoridad, pues éstos son sus padres legítimos.

Hemos venido viendo que la humanidad no necesita de jefes o gobierno; antes, por lo contrario, el jefe o gobierno, como sostenedor que es la desigualdad social, es el responsable directo de todos los males que nos aquejan.

Por eso nosotros proponemos la expropiación de la tierra, de la maquinaria y de los medios de transportación.

Aconsejamos igualmente que no se deje un solo representante de la autoridad, pues ésta es la defensora del privilegio y el verdugo de los desheredados.

Regeneración, 4 de abril de 1914

10. SIN GOBIERNO

Ya vimos que la autoridad es necesaria solamente para perpetuar el sistema social basado en la desigualdad económica.

Que el crimen es el resultado de ese sistema inicuo en que forzosamente el hombre tiene que ser el enemigo del hombre.

No habría delitos contra la propiedad si todos los seres humanos tuvieran la misma oportunidad de aprovecharse de la tierra, de las maquinarias y de los medios de transportación, así como de todo lo que ha sido producido pro la mano y creado por la inteligencia del hombre.

No habría delitos contra las personas si un medio de

unos cuantos, sino que es la propiedad de todo sér humano. No es posible predecir hasta dónde podrá llegar la obra reivindicadora de la próxima Revolución; pero si llevamos los luchadores de buena fe el propósito de avanzar lo más posible por ese camino; si al empuñar el wíchester vamos decididos, no al encumbramiento de otro amo; sino a la reivindicación de los derechos del proletariado; si llevamos al campo de la lucha armada el empeño de conquistar la libertad económica, que es la base de todas las libertades, que es la condición sin la cual no hay libertad ninguna; si llevamos ese propósito encauzaremos el próximo movimiento popular por un camino digno de esta época; pero si por el afán de triunfar fácilmente; si por querer abreviar la contienda quitamos de nuestras tendencias el radicalismo que las hace incompatibles con las tendencias de los partidos netamente burgueses y conservadores, entonces habremos hecho obra de bandidos y de asesinos, porque la sangre derramada no servirá más que para dar mayor fuerza a la burguesía, esto es, a la casta poseedora de la riqueza, que después del triunfo pondrá nuevamente la cadena al proletariado con cuya sangre, con cuyo sacrificio, con cuyo martirio ganó el poder.

Preciso es, pues, proletarios; preciso es, pues, desheredados, que no os confundáis. Los partidos conservadores y burgueses os hablan de libertad, de justicia, de ley, de gobierno honrado, y os dicen que, cambiando el pueblo los hombres que están en el Poder por otros, tendréis libertad, tendréis justicia, tendréis ley, tendréis gobierno honrado. No os dejéis embaucar. Lo que necesitáis es que se os asegure el bienestar de vuestras familias y el pan de cada día; el bienestar de las familias no podrá dároslo ningún Gobierno. Sois vosotros los que tenéis que conquistar esas ventajas, tomando desde luego posesión de la tierra, que es la fuente primordial de la riqueza, y la tierra no os la podrá dar ningún Gobierno, ¡entendedlo bien!, porque la ley defiende el derecho de los detentadores de la riqueza; tenéis que tomarlo vosotros a despecho de la ley, a despecho del Gobierno, a despecho del pretendido derecho de propiedad; tendréis que tomarlo vosotros en nombre de la justicia natural, en nombre del derecho que todo ser humano tiene a vivir y a desarrollar su cuerpo y su inteligencia.

Cuando vosotros estéis en posesión de la tierra, tendréis

libertad, tendréis justicia, porque la libertad y la justicia no se decretan: son el resultado de la independencia económica, esto es, de la facultad que tiene un individuo de vivir sin depender de un amo, esto es, de aprovechar para sí y para los suyos el producto íntegro de su trabajo.

Así, pues, tomad la tierra. La ley dice que no toméis, que es de propiedad particular: pero la ley que tal cosa dice fue escrita por los que os tienen en la esclavitud, y tan no responde a una necesidad general, que necesita el apoyo de la fuerza. Si la ley fuera el resultado del consentimiento de todos, no necesitaría el apoyo del polizonte, del carcelero, del juez, del verdugo, del soldado y del funcionario. La ley os fue impuesta, y contra las imposiciones arbitrarias, apoyadas por la fuerza, debemos los hombres dignos responder con nuestra rebeldía.

Ahora: ¡a luchar! La Revolución, incontenible, avasalladora, no tarda en llegar. Si queréis ser libres de veras, agrupaos bajo las banderas libertarias del Partido Liberal; pero si queréis solamente daros el extraño placer de derramar sangre y derramar la vuestra jugando a los soldados, agrupaos bajo otras banderas, los antirreeleccionistas, por ejemplo, de que después de que juguéis a los soldados os pondrán nuevamente el yugo patronal y el yugo gubernamental; pero, eso sí, os habréis dado el gustazo de cambiar el viejo Presidente, que ya os chocaba, por otro flamante, acabadito de hacer.

Compañeros, la cuestión es grave. Comprendo que estéis dispuestos a luchar; pero luchad con fruto para la clase pobre. Todas las revoluciones han aprovechado hasta hoy a las clases encumbradas, porque no habéis tenido idea clara de vuestros derechos y de vuestros intereses, que, como lo sabéis, son completamente opuestos a los derechos y a los intereses de las clases intelectuales y ricas. El interés de los ricos es que los pobres sean pobres eternamente, porque la pobreza de las masas es la garantía de sus riquezas. Si no hay hombres que tengan necesidad de trabajar a otro hombre, los ricos se verán obligados a hacer alguna cosa útil, a producir algo de utilidad general para poder vivir; ya no tendrán entonces esclavos a quienes explotar.

No es posible predecir, repito, hasta dónde llegarán las reivindicaciones populares en la Revolución que se avecina;

El ser humano está acostumbrado a ver en su semejante, cualquiera que sea la clase social a que pertenezca, un competidor que, si es burgués, puede arruinarle en sus empresas financieras, y si es proletario, puede arrebatárle el pan de la boca, ya alquilándose por lo menos precio o bien obligándose por menos precio, o bien obligándole a permanecer forzada la huelga porque hay abundancia de brazos.

Por otra parte, el pobre vive en continua zozobra; no tiene la certidumbre de poder llevarse mañana un pedazo de pan a la boca, su miseria contrasta con el lujo, los hartazgos y las fiestas de los señores.

Su condición de inferioridad social les irrita y les predispone a la intemperancia de carácter, y todo el ambiente social, preñada de injusticias y de iniquidades, de contrastes que lastiman sus sentimientos de justicia y equidad, de atentados cometidos a cada paso por la maquinaria gubernamental contra la libertad de las personas, hace que el hombre viva en continua sobre excitación nerviosa y esté pronto a la riña y a la violencia, contestando con una puñalada una palabra o un acto baladíes.

Actos de esta clase no pueden ser efectuados en un medio de justicia y libertad en que el ser humano tiene satisfechas sus necesidades y no tiene satisfechas sus necesidades y no tiene ya la incertidumbre del pan de mañana ni el desmoralizador espectáculo de sufrir privación, miseria o injusticia.

Cuando todo lo que produce, y tiene derecho a todos los goces y de bienestar, el ser humano está más dispuesto a la bondad y a fraternizar con sus semejantes, que bajo condiciones de tiranía y de miseria.

"Estómagos llenos, corazón contento", decían nuestros abuelos, y decían una verdad, pues los hombres de carácter más intratable son más benévolos y más tratables cuando se encuentran bajo la influencia de una grata digestión.

Quedan solamente los casos excepcionales en que el autor de un acto contra sus semejantes es un individuo de mentalidad defectuosa; pero estos casos entran en el dominio de la ciencia médica y una sociedad de iguales no

que exista la autoridad tanto para impedir como para castigar lo que se llama crimen.

Esas personas tienen razón si se consideran las cosas desde el punto de vista del sistema capitalista, basado en la desigualdad económica.

No la tienen cuando se trata de las relaciones de los seres humanos entre sí si en una sociedad de iguales.

Lo que hoy llamamos crimen, no es otra cosa que el resultado directo o indirecto de las causas que tienen la raíz en la desigualdad económica que resulta del principio de propiedad privada o individual.

La desigualdad económica produce la miseria, y ésta empuja, a los que no tienen bienes de fortuna, a tomar, donde lo hay, lo que necesitan para no morir ellos de hambre ni dejar que mueran los suyos.

A eso es lo que la ley llama robo, y ese delito, así como el fraude, la estafa y todos los demás actos cometidos en contra del llamado derecho de propiedad, son los que le dan mayor contingente de prisioneros a las prisiones.

Pudiéndose asegurar que casi el noventa por ciento de los reclusos de los presidios son individuos que violaron la ley empujados por circunstancias económicas.

En una sociedad de iguales, como la que propone el Partido Liberal Mexicano en su Manifiesto del 23 de septiembre de 1911, dejarán de existir las causas que obran para empujar al ser humano a cometer delitos contra la propiedad.

Por lo mismo, sale sobrando la autoridad, o sea el rey o presidente, los ministros, los soldados, los gendarmes y los carceleros.

Pero, se dirá, "quedan los delitos contra las personas, como el homicidio, las lesiones, la violación, el estupro, el adulterio y otros.

Pues bien, el homicidio y las lesiones tienen sus raíces, al menos la mayor parte de sus raíces, en causas económicas.

pero hay que procurar lo más que se pueda. Ya sería un gran paso hacer que la tierra fuera de propiedad de todos; y si no hubiera fuerza suficiente o suficiente conciencia entre los revolucionarios para obtener más ventaja que esa, ella sería la base de reivindicaciones próximas que por la sola fuerza de las circunstancias conquistaría el proletariado.

¡Adelante, compañeros! Pronto escucharéis los primeros disparos; pronto lanzarán el grito de rebeldía los oprimidos. Que no haya uno solo que deje de secundar el movimiento, lanzando con toda la fuerza de la convicción este grito supremo: ¡Tierra y libertad!

Regeneración, 19 de noviembre de 1910

5. EL DERECHO DE PROPIEDAD

Entre todos los absurdos que la humanidad venera, éste es uno de los más grandes y es uno de los más venerados.

El derecho de propiedad es antiquísimo, tan antiguo como la estupidez y la ceguera de los hombres; pero la sola antigüedad de un derecho no puede darle el derecho de sobrevivir. Si es un derecho absurdo, hay que acabar con él no importando que haya nacido cuando la humanidad cubría sus desnudeces con las pieles de los animales.

El derecho de propiedad es un derecho absurdo porque tuvo por origen el crimen, el fraude, el abuso de la fuerza. En un principio no existía el derecho de propiedad territorial de un solo individuo. Las tierras eran trabajadas en común, los bosques surtían de leña a los hogares de todos, las cosechas se repartían a los miembros de la comunidad según sus necesidades. Ejemplos de esta naturaleza pueden verse todavía en algunas tribus primitivas, y aun en México floreció esta costumbre entre las comunidades indígenas en la época de la dominación española, y vivió hasta hace relativamente pocos años, siendo la causa de la guerra del Yaqui en Sonora y de los mayas en Yucatán el acto atentatorio del despotismo de arrebatarles las tierras a esas tribus indígenas, tierras que cultivaban en común desde hacía siglos.

El derecho de propiedad territorial de un solo individuo nació con el atentado del primer ambicioso que llevó la guerra a una tribu vecina para someterla a la servidumbre, quedando la tierra que esa tribu cultivaba en común, en poder del conquistador y de sus capitanes. Así por medio de la violencia; por medio del abuso de la fuerza, nació la propiedad territorial privada. El agio, el fraude, el robo más o menos legal, pero de todos modos robo, son otros tantos orígenes de la propiedad territorial privada. Después, una vez tomada la tierra por los primeros ladrones, hicieron leyes ellos mismos para defender lo que llamaron y llaman aún en este siglo su derecho, esto es, la facultad que ellos mismos se dieron de usar las tierras que habían robado y disfrutar del producto de ellas sin que nadie los molestase. Hay que fijarse bien que no fueron los despojados los que dieron a esos ladrones el derecho de propiedad de las tierras; no fue el pueblo de ningún país quien les dió la facultad de apropiarse de ese bien natural, al que todos los seres humanos tenemos derecho. Fueron los ladrones mismos quienes, amparados por la fuerza, escribieron la ley que debería proteger sus crímenes y tener a raya a los despojados de posibles reivindicaciones.

Este llamado derecho se ha venido transmitiendo de padres a hijos por medio de la herencia, con lo que el bien, que debería ser común, ha quedado a la disposición de una casta social solamente con notorio perjuicio del resto de la humanidad, cuyos miembros vinieron a la vida cuando ya la tierra estaba repartida entre unos cuantos haraganes.

El origen de la propiedad territorial ha sido la violencia, por la violencia se sostiene aún; pues que si algún hombre quiere usar un pedazo de tierra sin el consentimiento del llamado dueño, tiene que ir a la cárcel, custodiado precisamente por los esbirros que están mantenidos, no por los dueños de las tierras, sino por el pueblo trabajador, pues aunque las contribuciones salen aparentemente de los cofres de los ricos, éstos se dan buena maña para reembolsarse el dinero pagando salarios de hambre a los obreros o vendiéndoles los artículos de primera necesidad a alto precio. Así, pues, el pueblo, con su trabajo, sostiene a los esbirros que le privan de tomar lo que le pertenece.

Y si éste es el origen de la propiedad territorial, si el derecho de propiedad no es sino la consagración legal del crimen,

solamente han conocido el sistema capitalista en que cada ser humano tiene que competir con los demás para llevarse a la boca un pedazo de pan.

No tiranizaban los fuertes a los débiles, como ocurre bajo la civilización capitalista, en que los más bribones, los más codiciosos y los más listos tienen dominados a los honrados y los buenos.

Todos eran hermanos en esas comunidades.

Todos se ayudaban, y sintiéndose todos iguales, como lo eran realmente.

No necesitaban que la autoridad alguna vez velase por los intereses de los que tenían, temiendo posibles asaltos de los que no tenían.

En estos momentos ¿para que necesitan gobierno las comunidades del Yanqui, de Durango, del sur de México y de tantas otras regiones en que los habitantes han tomado en que se consideran iguales, con el mismo derecho a la madre Tierra.

No necesitan de un jefe que proteja privilegios en contra de los que no tienen, pues todos son privilegiados.

Desengañémonos, proletarios; el gobierno solamente debe existir cuando hay desigualdad económica.

Adoptar, pues, todos, como guía moral, el Manifiesto del 23 de septiembre de 1911.

Regeneración, 28 de marzo de 1914

9. SIN AUTORIDAD

Ya hemos visto que en una sociedad de iguales, en que todos tengan los mismos derechos, no se necesita la autoridad, porque la función de esta es proteger intereses de los que tienen bienes.

Sin embargo, muchas personas creen que es indispensable

Si son burgueses los que tal cosa dicen, les concedo razón, porque temen que los pobres de les echen al cuello y les arrebaten la riqueza que amansaron haciendo sudar al trabajador, pero ¿para qué necesitan los pobres jefe o gobierno?

En México hemos tenido y tenemos centenares de pruebas de que la humanidad no necesita de jefes o gobierno sino en los casos en que hay desigualdad económica.

En los poblados o comunidades rurales, los habitantes no han sentido la necesidad de tener un gobierno.

Las tierras, los bosques, las aguas y los pastos han sido, hasta fecha reciente, la propiedad común de los habitantes de la comarca.

Cuando se hablaba de gobierno a esos sencillos habitantes, se echaban a temblar porque el gobierno, para ellos, era lo mismo que verdugo.

Significaba lo mismo que tiranía.

Vivían felices en su libertad, sin saber en muchos casos ni siquiera el nombre el Presidente de la República.

Solamente sabían que existía un Gobierno cuando los jefes militares pasaban por la comarca en busca de varones que convertir en soldados, o cuando el recaudador de rentas del Gobierno hacía sus visitas para cobrar los impuestos.

El gobierno era pues, para una gran parte de la población mexicana, el tirano que arrancaba de sus hogares a los hombres laboriosos para convertirlos en soldados, o el explotador brutal que iba a arrebatarle el tributo en nombre del fisco.

¿Podrían sentir esas poblaciones la necesidad de tener un gobierno? Para nada lo necesitaban.

Así pudieron vivir cientos de años, hasta que les fueron arrebatadas las riquezas naturales para provecho de los hacendados colindantes.

No se temían unos a otros, como temen que ocurra los que

¿por qué levantar los brazos al cielo cuando se sabe que el Partido Liberal mexicano trabaja por expropiar la tierra que acaparan los ricos, esto es, los descendientes de los ladrones que se la apropiaron por medio del crimen, para entregarla a su dueño natural que es el pueblo, esto es, los habitantes todos de México?

Algunos maderistas simpatizan con la idea de entregar al pueblo la tierra; pero, conservadores al fin, quieren que el acto revista una solemnidad legal, esto es, quieren que un Congreso decreta la expropiación. He escrito mucho sobre la materia, y me admira que haya todavía quien no pueda entender lo que he dicho, pues tengo la pretensión de que he hablado con entera claridad. Ningún Congreso, he dicho, se atreverá a decretar la expropiación de la tierra, porque a los bancos del Congreso no van a ir los hambrientos, sino los hartos; porque a los bancos del Congreso no van a ir los trabajadores, sino sus amos; no van a ir los ignorantes y los pobres, sino los intelectuales y los ricos. Es decir, en el Congreso tendrán representación las llamadas clases directoras: los ricos, los literatos, los hombres de ciencia, los profesionistas; pero no se permitirá que cuele ahí a ningún trabajador de pico y pala, a ningún peón, a ningún obrero, y si, por un verdadero milagro, logra franquear el umbral del recinto de las leyes algún trabajador, ¿cómo podría luchar contra hombres avezados en las luchas de la palabra? ¿Cómo podría hacer preponderar sus ideas si le faltaban los conocimientos científicos que la burguesía posee en abundancia? Pero podría decirse que el pueblo trabajador enviaría personas competentes al Congreso para que lo representen. En todo el mundo están desprestigiados los llamados representantes del Trabajo en los Parlamentos. Son tan burgueses como cualquier otro representante. ¿Qué han hecho los representantes obreros del pueblo inglés en la Cámara de los Comunes? ¿Qué ventaja objetiva han obtenido los representantes obreros en el Parlamento francés? En el Parlamento alemán hay gran número de representantes obreros, y ¿qué han hecho en pro de la libertad económica de los trabajadores? El Parlamento austrohúngaro es notable por el número crecido de representantes obreros que se sientan en sus bancos, y sin embargo, el problema del hambre está en Austria-Hungría sin resolver, como en cualquiera otro país en que no hay representantes del trabajo en el Congreso.

Hay, pues, que desengañarse. La expropiación de la tierra de las manos de los ricos, debe hacerse efectiva durante la presente insurrección. Los liberales no cometeremos un crimen entregando la tierra al pueblo trabajador, porque es de él, del pueblo, es la tierra que habitaron y regaron con su sudor sus más lejanos antecesores; la tierra que los gachupines robaron por la fuerza a nuestros padres indios; la tierra que esos gachupines dieron por medio de la herencia a sus descendientes, que son los que actualmente la poseen. Esa tierra es de todos los mexicanos por derecho natural. Algunos la han de haber comprado; pero ¿de dónde sacaron el dinero para hacer la compra si no del trabajo de los peones y obreros mexicanos? Otros tomarían esa tierra denunciándola como baldía; pero, si era baldía, pertenecía al pueblo, y nadie tenía derecho de darla al que ofreciera unos cuantos pesos por ella. Otros han de haber adquirido la tierra aprovechándose de su amistad con los hombres del Gobierno para obtenerla sin que les costase un solo centavo si era baldía, o por medio de chanchullos judiciales si pertenecía a algún enemigo de la Dictadura, o a alguna persona sin influencia y sin dinero. Otros más han adquirido la tierra haciendo prestamos a rédito subidísimo a los rancheros en pequeño, que se vieron al fin obligados a dejar la tierra en manos de los matatías, impotentes de pagar las deudas.

Compañeros: todos los que tenéis la convicción de que el acto que va a ejecutar el Partido Liberal es humanitario, procurad convencer a los que todavía adoran al Capital y veneran el llamado derecho de propiedad, de que el Partido Liberal está en lo justo, de que su obra será una obra de justicia, y de que el pueblo mexicano será verdaderamente grande cuando pueda disfrutar, sin obstáculos, de Tierra y Libertad.

Regeneración, 18 de marzo de 1911

6. MUERA EL ORDEN

¡Ah, el orden! Así gimen en estos momentos, todos los partidos de lo que se llama orden.

El orden es para esas pobres gentes que sólo puede

esclavos perpetuando el mando del hombre sobre el hombre.

El jefe o gobiernos son necesarios solamente bajo un sistema de desigualdad económica.

Si yo tengo más que Pedro, temo, naturalmente, que Pedro me agarre por el cuello y me quite lo que él necesite.

En este caso necesito que un gobernante o jefe me proteja contra los posibles ataques de Pedro.

Pero si Pedro y somos iguales económicamente, si los dos tenemos la misma oportunidad de aprovechar las riquezas naturales, tales como la tierra, el agua, los bosques, las minas y demás, así como la riqueza creada por la mano del hombre, como la maquinaria, las casa, los ferrocarriles, y los mil y objetos manufacturados.

La razón dice que sería imposible que Pedro y yo nos agarráramos de los cabellos para disputarnos cosas que a ambos nos aprovechan por igual, y en este caso no hay necesidad de tener un jefe.

Hablar de jefes entre iguales es un contrasentido, a no ser que se trate de iguales en servidumbre.

Si los dos tenemos la misma oportunidad de aprovechar las riquezas naturales, tales como la tierra, el agua, los bosques, las minas y demás, así como la riqueza creada por mano del hombre, como la maquinaria, las casa, los ferrocarriles, y los mil y un objetos manufacturados.

La razón dice que sería imposible que Pedro y yo nos agarráramos de los cabellos para disputarnos cosas que a ambos nos aprovechan por igual, y en este caso no hay necesidad de tener un jefe.

Hablar de jefes entre iguales es un contrasentido, a no ser que se trate de iguales en servidumbre, de hermanos de cadenas, como somos actualmente los trabajadores.

Muchos son los que dicen que es imposible vivir sin jefes o gobierno.

túneles que atraviesan las montañas, los muelles donde atracan los barcos.

En pocas palabras, quién hizo todo lo que contribuye a hacer agradable y bella la vida de las clases privilegiadas?

Todo lo que vemos, todo lo que constituye la riqueza social, es el producto de muchas generaciones de trabajadores que han dejado sus huesos en las minas, que han dejado su sangre en los campos.

Obreros que han acortado su vida en el taller, en la fábrica, en todos los lugares de explotación, en el laboratorio, en el taller de artistas, etc., dejando a cada generación laboriosa a la siguiente el desarrollo y perfección de lo que ya creado.

Si todo lo que constituye la riqueza ha sido creado por generaciones de trabajadores, de inventores de todo género, ¿Con qué derecho se declara dueño de todo ello un reducido número de capitalistas?

Pusieron ellos su inteligencia y sus brazos para crear esa riqueza? ¡NO!

Por eso los liberales decimos que puesto que la riqueza es el producto del esfuerzo y de la inteligencia de nuestros antepasados trabajadores presentes, todo debe ser para todos en común.

Y como la clase privilegiada no quiere devolver a los trabajadores lo que les ha robado, y la Autoridad apoya el latrocinio de la burguesía, gritamos indignados: ¡Mueran la autoridad! ¡Mueran los ricos!

Regeneración, 24 de febrero de 1912

8. SIN JEFES

Querer jefes y querer al mismo tiempo ser libres, es querer un imposible.

Hay que escoger de una vez una de las dos cosas; o ser libres, enteramente libres, negando la autoridad, o ser

subsistir estando la humanidad sometida a la férula del polizonte, del soldado, del juez, del carcelero, del verdugo y del gobernante.

Pero eso no es el orden.

Yo entiendo por orden; armonía, y la armonía no puede existir mientras haya sobre la superficie del planeta seres humanos que tienen qué comer en abundancia, y seres humanos que no tienen un pedazo de pan que llevarse a la boca.

Si todas las cosas estuvieran bien arregladas, si toda criatura humana tuviera qué comer, tuviera dónde resguardarse de la intemperie sin tener que pagar alquiler de casa, en una palabra, si todos tuvieran lo necesario para vivir con decencia y sin incertidumbre por el porvenir, entonces no habría nadie que se atreviera a decir: yo soy más que tú, ¡jobedéceme!

Entonces habría orden porque habría armonía.

Nadie tendría que disputar a otro, nadie tendría envidia a nadie.

Todos seríamos hermanos y saldrían sobrando el polizonte, el soldado, el juez, el carcelero, el verdugo y el gobernante.

Saldrían sobrando porque conquistada la armonía entre los seres humanos por la conquista de la libertad económica el parasitismo de los funcionarios públicos no tendrían ya razón de ser.

Los funcionarios públicos no son, como se cree, los guardianes del orden.

El orden, que es la armonía, no necesita guardianes, precisamente porque es orden.

Lo que si necesita guardianes es el desorden, desorden escandaloso, vergonzoso y humillante para los que no nacimos para esclavos, es el que reina en la vida política y social de la humanidad.

Desorden es que una clase social pese sobre otra clase

social, pues no debe existir más que una sola clase; la de los productores, esto es, la de los trabajadores.

La humanidad se convertirá en clase trabajadora, cuando la tierra y la maquinaria pertenezcan a todos, pues entonces todos tendrán que trabajar para comer.

Para mantener el desorden, esto es, para mantener la desigualdad política y social, para mantener los privilegios de la clase alta y tener sometida a la clase baja, es para lo que se necesitan los gobiernos, los carceleros, los jueces, los verdugos y toda una caterva de altos y pequeños funcionarios que chupan las energías de los pueblos de la tierra.

No es para proteger a la humanidad para los que existen esos funcionarios, sino para tenerla sometida, para tenerla esclavizada en beneficio de los que se han dado maña para retener hasta hoy la tierra y la maquinaria.

¡Ah, el orden! Así gimen en estos momentos los partidos del desorden, esto es, los partidarios de la desigualdad social y política de la especie humana.

No; el desorden no es la esclavitud de una parte de la humanidad por otra parte de ella, sino la libertad de toda la especie humana,

Al orden burgués, los mexicanos contestamos con nuestra rebeldía.

Contra ese orden gritamos: ¡muera el orden! Porque es un orden que maniat a la libre iniciativa del ser humano, porque es un orden del cuartel o de presidio.

MUERA EL ORDEN!

Regeneración, 3 de junio de 1911

7. ¡MUERA LA AUTORIDAD! ¡MUERAN LOS RICOS!

¿Quién hizo la tierra? Los creyentes dicen Dios.

Los que creemos en la vida eterna de la materia decimos: nadie la hizo.

Pero nadie dice que la tierra fue creada por la burguesía que la retiene en su poder.

En ninguna parte consta que la tierra fue creada por esos señores barrigones que dicen que es suya.

¿Con qué derecho, pues se atreve la burguesía a retener para su casta lo que, según las religiones fue hecho por Dios o, según los materialistas, no fue hecho por nadie?

La tierra debe ser para todos, como para todos es el aire, el calor solar, el agua.

Todo lo que la naturaleza nos brinda.

¿Qué haríais si de la noche a la mañana se decretase un impuesto, esto es, una renta por el aire que respiráis y el calor y la luz del sol de que os aprovecháis?

Indudablemente de que tu indignación tomaría proporciones de rebelión y que os lanzarías enfurecidos contra los bandidos que tal impuesto decretasen.

Y, harías eso, precisamente porque comprendéis que el aire y los demás bienes naturales, forman parte del patrimonio común a todos los seres vivientes.

Sin embargo, cuando se trata de ese bien natural: la tierra veis casi con naturalidad de los que la poseen os cobren renta para aprovecharos de ella, cuando la tomáis en alquiler, o que se os pague a ración de hambre cuando la trabajáis para el amo.

Tan injusto es el adueñarse de la tierra para tener en constante dependencia a los pobres, como justo sería el adueñarse del aire y de la luz, si eso pudiera hacerse.

Por eso los liberales enarbolamos la bandera Roja y gritamos ¡Viva la Tierra y Libertad!

¿Quién hizo la espléndida maquinaria que admiramos, los